

01

SIMBOLIZAR, SIGNIFICAR Y MARCAR: ESTRATEGIAS DE MUJERES AGORRECOLECTORAS EN NAHUELBUTA (CHILE) ANTE LA INDUSTRIA FORESTAL*

INÉS GIMÉNEZ DELGADO

Universidad Nacional Autónoma de México

Fecha de recepción: 27 de septiembre de 2016

Fecha de aceptación: 14 de junio de 2017

Fotografías: Inés Giménez Delgado

* Trabajo de investigación ganador del XIX Premio SIEM de Investigación Feminista «Concepción Gimeno de Flaquer» (2016).

Un agradecimiento profundo a todas las mujeres que me abrieron sus hogares y rukas, me dejaron participar en asambleas, fiestas, talleres, trafkintü, viajes y conversaciones y me mostraron sus huertos y espacios de recolección.

RESUMEN

Las plantaciones de pino y eucalipto ocupan más del 60% de la superficie de suelo en la Baja Frontera de Nahuelbuta, territorio costero del centro-sur de Chile, algo que es percibido por algunos sectores mapuche y campesinos como un mecanismo de despojo, precedido por conflictos agrarios, étnicos y ambientales históricos. Frente a la crisis ecológica e hídrica y a la erradicación de los modos de vida locales que este modelo de monocultivo industrial acarrea, varias asociaciones de mujeres están desarrollando estrategias de territorialización. Entre estas encontramos la generación de redes de economía social, la recuperación de conocimientos locales en torno a los frutos silvestres, la restitución de prácticas de reciprocidad y la defensa de sus derechos de subsistencia fundamentales. Estas estrategias locales lideradas por mujeres rurales se inscriben en una compleja arena de juego global en la que distintos actores se disputan la apropiación de imaginarios sociales y el aprovechamiento de los bienes colectivos.

Palabras clave

Industria forestal, agroecología, bienes comunes, Productos Forestales No Madereros (PFNM), territorialización.

ABSTRACT

Plantations of pine and eucalyptus occupy more than 60% of the land area of the Lower Border of Nahuelbuta, coastal territory in south-central Chile. This is perceived by some Mapuche and peasant sectors as a mechanism of dispossession, which is preceded by historical agrarian, ethnic and environmental struggles. To contest the ecological and water crisis and the destructions of local living economies caused by this industrial monoculture model, some women's associations are developing territorialization strategies. They are based in the generation of social economy networks, the recovery of traditional and local knowledge around wild fruits, the restoration of reciprocity practices and the defense of the fundamental rights. These local strategies led by rural women are enrolled in a complex global arena where many social actors dispute the appropriation of social imaginaries and the use of common goods.

Keywords

Forest industry, agroecology, common goods, Non-Wood Forestry Products (NWFP), territorialization.

8

Esta investigación parte de la hipótesis de que la penetración de la industria forestal en el territorio costero de Nahuelbuta, en el centro-sur de Chile, y los efectos medioambientales que conlleva, quiebran las prácticas agroalimentarias tradicionales, alterando la transmisión generacional de saberes en torno a bienes comunes y comprometiendo la soberanía alimentaria del territorio. Ante esta situación, algunos grupos de mujeres campesinas y mapuche están elaborando estrategias de territorialización, influidas por apegos emocionales y acompañadas de la generación y recuperación de identidades colectivas. Entre estas estrategias, que se encuentran en la confrontación de intereses entre el mercado global y la cultura local, encontramos el rescate de prácticas agroalimentarias locales vinculadas a una concepción y manejo común de bienes naturales. Para esta investigación revisé publicaciones históricas, científicas y mediáticas, censos agrarios, hídricos y forestales, y me inicié en la práctica de la etnografía colaborativa (Lassiter, 2005), a través de entrevistas, talleres y diagnósticos participativos.

Si consideramos que el conocimiento es situado y está mediado por la experiencia (Haraway, 1991; Harding, 1986; Monhanth, 1991), al ser mujeres el 80% de la población recolectora en Nahuelbuta (cifras dadas por Iniciativa Nahuelbuta, conversación personal) decidí centrar esta investigación en ellas, su visión y su práctica. Son las mujeres rurales las que han transmitido los sis-

INTRODUCCIÓN, METODOLOGÍA Y MARCO TEÓRICO

temas de conocimiento, históricamente minusvalorados, sobre la recolección de frutos silvestres, un acto familiar, continuo, cotidiano y repetitivo (Bordieu, 200: 63), parcialmente invisible en la penumbra de las casas australes y en los tiempos muertos del año agrario. Son ellas las que, de acuerdo con el reparto de tareas económicas y de cuidados que prevalece en los hogares rurales del centro-sur de Chile, gestionan directamente los recursos de supervivencia y han de resolver cotidianamente situaciones de escasez hídrica y alimentaria, enfermedad, crianza de los hijos o falta de escuelas y servicios. Además, la disparidad de género en materia de tenencia de la tierra (en Chile, solo 24,4% de las 46,2% mujeres rurales acceden a ella) y la sujeción a temporalidades agrícolas las ha obligado a pactar, con sus esposos, padres o hermanos, los usos dados a los espacios productivos, y a buscar fuentes de ingreso complementarias en territorios de usos comunes, como son los bosques y la orilla del mar. Todo esto las hace más conscientes de la necesidad de encontrar soluciones a los problemas ecológicos de su territorio (Seager, 1993).

Centré la investigación en la Baja Frontera de Nahuelbuta, término retomado de Correa (2005) y Leiva (1984), un territorio de fuerte densidad histórica situado entre la cordillera de Nahuelbuta¹ y el océano Pacífico, hoy conformado por las comunas de Lebu, Tirúa, Los Álamos, Contulmo y Cañete. El trabajo fue realizado junto con el Nodo de Turismo Culinario Comunitario Nahuelbuta (Nodo Nahuelbuta), con el cual asistí a talleres, excursiones, giras, caminatas, ferias, *trafkintüs*, seminarios, eventos públicos y conversaciones o *nutram*; las integrantes del Grupo de Recolectoras de Frutos Silvestres y Nalqueros, de Pehuén (Lebu); Hormiguita Recolectoras (Los Álamos) y un grupo conformado por varias asociaciones de mujeres enclavadas en Las Misiones, San Ramón, Alto Primer Agua y la Comunidad Lorenzo Quintrileo (Tirúa). En diálogo con estos grupos, decidí trabajar tanto con mujeres campesinas como mapuche en la medida en que las prácticas agrorrecolectoras actuales de unas y otras son muy similares y están más influidas por territorios y dinámicas microrregionales que por criterios de adscripción étnica. Para proteger la identidad de las informantes, se cambiaron algunos nombres. Para la transcripción de términos en mapudungun, se ocupó el grafemario Unificado Raguileo Azümchefe.

Como una manera de orientar la mirada y el análisis de la investigación, me guie por criterios de ecología política (Leff, 2003; Martínez Alier, 2003), ecología política feminista (Seager, 1993; Hynes, 1989) y la soberanía alimentaria (Boyer, 2010; Anderson y Belows, 2012; Altieri y Toledo, 2011). Asimismo, apliqué un enfoque interdisciplinar (etnohistórico, antropológico y de geografía crítica) que retoma trabajos de historiadores como Jacques Chonchol (1994), José Bengoa (2013), Martín Correa (2005), Calfio Montalva *et al.* (2015) y el Informe de la Comisión Histórica y Nuevo Trato (2001-2003); así como conceptos que, salvando las distancias geográficas, creemos que

1. Parte de la cordillera de la costa chilena que limita al norte con el río Biobío y al sur con el río Imperial.

ayudan a explicar algunas dinámicas territoriales: acumulación por desposesión (Harvey, 2004), economía moral de la multitud (E. P. Thompson, 1991) y sociedad de riesgo (Beck, 1999). Al considerar la necesidad de poner en diálogo las ciencias humanas con las naturales, desde criterios de conocimiento situado (Haraway, 1995), atendí, en la medida de mis posibilidades, tanto a los testimonios que encarnan las relaciones sociopolíticas de los lugares como a las dinámicas biofísicas clave (Little, 2006: 90). En la espina dorsal de este análisis se encuentran reflexiones en torno a las dinámicas de control instauradas a través de la colonización botánica de un territorio en la cual el paisaje es transformado para emplazar cosechas, patrones de asentamiento y sistemas de administración estatal o colonial funcionales a los sistemas de acopio centrales (Scott, 2009: 12) y cómo la territorialización, como apropiación cultural del terruño, busca simbolizar, significar y marcar un *locus* (Porto Gonçalves, 2001: 9) para enfrentar las dinámicas de despojo, práctica liderada, en este caso, por las mujeres rurales de Nahuelbuta.

10

Situada unos kilómetros al sur del río Biobío, la Baja Frontera de Nahuelbuta queda cerca de lo que fueron los límites entre la administración colonial española y los *fütalmapu*² mapuche. Fue, por tanto, un espacio de penetración de los cultivos y hábitos alimentarios coloniales, como el trigo, que para el s. XVIII ya estaba totalmente incorporado en la culinaria mapuche, en preparaciones tan diversas como el *muday*, la tortilla de rescoldo, los *catutos* o *mültrün* y las pantrucas, desplazando a otros cultivos locales, como la quinoa roja (*chenopodium quinoa*). Por ello, en esta región anidan identidades étnicas, de género y de clase en conflicto, que se reflejan en la memoria agroalimentaria de sus habitantes. En el imaginario mapuche local, esta memoria viva suele estar vertebrada por tres rupturas: la invasión española, el cercamiento y colonización chileno-alemanas y la irrupción de la industria forestal en tiempos de la dictadura. El aparato que acompañó estas rupturas incluyó el intento de aterrorizar y disciplinar los cuerpos y los hábitos cotidianos, así como la merma de la soberanía alimentaria. Así lo expresa María Pugol, agricultora y cocinera del valle de Elikura, Contulmo, quien evoca las narraciones de su abuela sobre las campañas de rapiña españolas, en las que además de quemar *rukas* (casas mapuche) y violar a las mujeres, los invasores destruían los cultivos locales, como la *quinwa* roja, pues «sabían que eran muy buenos y hacían fuertes a los mapuche».

A mediados del s. XIX, con la llegada de campesinos chilenos y colonos noreuropeos, trabajadores, arrendatarios y nuevos «propietarios» comenzaron a asentarse y cercar la tierra, generando mecanismos escritos de transacción agraria desconocidos para la población originaria del lugar. Los

PENETRACIÓN COLONIAL Y BARRERAS AGROALIMENTARIAS

2. Cada una de las grandes confederaciones formadas en caso de guerra.

nuevos colonos imponían visiones liberales sobre la propiedad de la tierra que rompían con los usos consuetudinarios de los *lof* (comunidades) y los *küpalme* (linaje o ascendencia familiar), en donde la transmisión matrilineal del conocimiento y la identidad, a través del *witral* (telar), la platería y la vestimenta, eran particularmente relevantes. Bajo el influjo de epopeyas imperiales, el Ministerio de Tierras, Relaciones Exteriores, Culto y Colonización multiplicó los remates y concesiones de tierras a colonos extranjeros, y el territorio mapuche de la costa de Nahuelbuta o *Lafguenmapu* quedó a merced de los especuladores de tierras. En 1866, la Comisión Radicadora de Indígenas aprobó una ley en virtud de la cual se concedían títulos de merced a población mapuche, sobre la cual se edificó el entramado legal para la ocupación territorial de la Araucanía, *terra nullis*. Los linderos rara vez fueron respetados por los colonos, que fueron corriendo cerco, quemando cosechas mapuche y adhiriendo tierras a sus propiedades hasta bien entrado el s. xx. La superposición de títulos, los conflictos territoriales, la división de comunidades mediante los Juzgados de Indios y las prácticas reduccionales acabarían fragmentando los lazos de solidaridad territoriales y forzando al éxodo rural masivo de los años cincuenta y sesenta. Este relato está encarnado en las diversas voces que tiene la memoria. Para Flor Ayunkurha, de Bajo la Guerra (Tirúa):

Los mapuche sembraban trigo, arvejas, habas, maíz, zapallo, y muchas papas; todos sus cereales el mapuche siempre los trabajó, pero trabajaba cierta cantidad, y el *winka*, cuando vio que el mapuche siempre lo trabajaba, tenía sus campos parejitos, los campos más lindos, planos, sin matorrales, se lo codiciaron. Le dijeron: «no, este mapuche no puede tener este campo tan bueno, ese campo lo puedo tener yo, porque yo voy a trabajar ese campo», o «yo voy a hacer criaderos, porque yo voy a hacer un cerco para tener un lindo potrero para criar muchos animales». Pero el mapuche antes no tenía cerco...



Fig. 1. Calle de Pehúen, al fondo, plantación

Poco después, la producción fundista de trigo se enfocó en el cultivo de cereal para la exportación hacia el *Far West* californiano: harina, vino, sebo y charqui chileno alimentaron a los colonos en búsqueda de oro. Si bien las prácticas colectivas relacionadas con la tierra no estaban jurídicamente prohibidas, el escueto espacio del que disponían los mapuche para transitar, cultivar, criar ganado y reproducirse, biológica y culturalmente, las dificultaba. Poco a poco, la expansión de monocultivos fue mermando la diversidad biológica de los terrenos costeros de Nahuelbuta y la mercantilización de los alimentos fue fragmentando las relaciones de reciprocidad agraria, como los *minngako*, práctica de cooperación entre miembros del *lof* en alguna labor agrícola o de construcción; o los *trafkintü*, intercambio de alimentos y semillas en el que se comparten también saberes del territorio de origen, historia, cuidado, carga simbólica y memoria de los bienes transados. Actividad no solo ritual, sino más bien inscrita en la cotidianeidad, como relata Ana Epulef, cocinera de la organización de mujeres *Walüing* de Curarrehue, que cuenta que «cuando eran niños, no les pasaban plata para ir a comprar, les pasaban un poquito de hierba y les mandaban donde la tía, la vecina, la abuela y les decían “dile que me cambie por un poco de grasa o por jabón del *Puel Mapu*”».

La introducción de pautas de consumo exógenas también llevó a la corrosión paulatina de hábitos alimentarios. Del *yo futün*, el comer buena cantidad,

de calidad y a tiempo, se transitó hacia el *weza in*, una manera malsana de comer que acaba enfermando a la persona. Muchas poblaciones pasaron a depender de los productos de la tienda de la esquina, hasta el punto de que en mapudungun esta práctica tiene nombre y se conoce como *winka witrapien* (Carrasco, 2004). Esta situación se arrastra hasta la actualidad y se manifiesta en indicadores de salud diferenciales, particularmente preocupantes al ver las tasas de mortalidad por suicidio, enfermedades respiratorias o traumatismos entre los mapuche (Ministerio de Salud y CEPAL, 2010). Así, al ser los olores, los sabores, las formas de conservar o preparar los alimentos culturalmente aprendidas, las fronteras invisibles de Nahuelbuta también se erigieron como «fronteras gastronómicas» (Contreras, 1992: 102). La violencia contra los mapuche se ejerció a través del desprecio, el silencio forzado, el desplazamiento, la expulsión, el odio y los actos de repugna entre los cuales encontramos los insultos por estar «hediondos a humo, por como comían y de lo que comían, por cocer pan en las cenizas, por consumir grasas, por consumir sangre» (Quidel Lincoleo, 2015) o comentarios sarcásticos sobre «que el indio es bueno para la harina, que el indio es bueno para el *catuto*, que los indios comen papas cocidas, comen ají, que el mapuche flojo, que el mapuche no sabe trabajar...» (Flor Ayunkura).³ De forma coetánea a estos insultos, a mediados del s. xx, y con el auge de doctrinas indigenistas, las instituciones y programas agrícolas, sanitarios y educativos del Estado se convirtieron en espacios de asimilación forzada. La lengua y las costumbres de los niños y niñas mapuche eran a menudo despreciadas por compañeros y profesores, y el proceso educativo en el que se hallaban inmersos buscaba que dejaran atrás sus hábitos identitarios, como la forma de saludar, de caminar, de cortarse el cabello o de sentarse a la mesa. Entre las burlas proferidas en las escuelas estaban «indio come yuyo, indio come carne caballo, indio come *catuto*». Las costumbres alimentarias junto con el color de la piel, el tamaño o el olor fueron así elementos de odio y vejación, elementos con los que construir una otredad a la que despojar.

Ya en los sesenta, las reformas agrarias que tuvieron lugar bajo la influencia de la Alianza para El Progreso durante los gobiernos de Frei y Salvador Allende buscaron ofrecer garantías de propiedad jurídica de la tierra a campesinos y mapuche desposeídos, en cuyo núcleo familiar se encontraban las mujeres, que, como expresa Mónica Hormazábal, integrante de la Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI), fueron desconocidas por los procesos de reforma agraria, por lo que «la mayoría de la tierra quedó en manos de hombres, aunque son las mujeres las que trabajan la tierra, las que están al cuidado de los animales menores, las que están cuidando la chacra, la semilla...».⁴

3. Entrevista realizada en mayo de 2016.

4. Entrevista realizada en mayo de 2016.

CONTRARREFORMA AGRARIA Y EXPANSIÓN DE LA INDUSTRIA FORESTAL

Entre 1967 y 1973, en Chile fueron legalmente expropiadas 5809 haciendas, que comprendían casi diez millones de hectáreas de tierra (9965000 hectáreas). Sin embargo, el golpe de Estado militar de 1973 revirtió ese proceso con una virulenta contrarreforma agraria: el 28% de los casi diez millones de hectáreas expropiadas fueron total o parcialmente devueltas a sus antiguos dueños; el 33% se otorgó a los campesinos y el 31% fue subastado. Un porcentaje fue trasladado directamente al ejército y otras instituciones del Estado (Bengoá, 2013). En este momento se privatizó Forestal Arauco, empresa creada por la Corporación de Fomento (CORFO), que pasó a manos de la familia Angelini, y el Grupo COPEC S. A. adquirió Celulosa Constitución. Posteriormente, el Decreto Ley 701 (1974) de la Junta Militar bonificó las plantaciones en suelos de uso preferentemente forestal, devolviendo a estas empresas el 75% de sus inversiones. La Corporación Nacional Forestal (CONAF), dirigida por Julio Ponce Lerú, yerno de Pinochet, incentivó el ritmo de plantaciones de *eucaliptus globulus*, *eucaliptus nittens* y *pinus radiata*, que adquirieron en Nahuelbuta una expansión sin precedentes, a costa de otros cultivos locales (Salazar, 2015).

Durante los gobiernos de la Concertación, las modificaciones al DL701 hechas por la Ley n.º 19561 de 1998, que dispone la bonificación a pequeños y medianos propietarios, y la Ley n.º 20283 de 2008, sobre recuperación del bosque nativo y fomento forestal, terminaron de consolidar esta

13

Mapa 1. Relación de plantaciones exóticas y bosque nativo en la región del Biobío (OIT, 2013).

Región del Biobío

Recurso Forestal

Bosque Nativo (ha)	768.554
Plantaciones Forestales (ha)	878.970
Pino radiata	70,6%
Eucalipto	29,0%
Otras	0,4%

Industria Forestal

Consumo de Trozas (x 1000 m ³)	19.779
Producción de Madera Aserrada (x 1000 m ³)	3.736
Ocupación Forestal (directa)	22.919



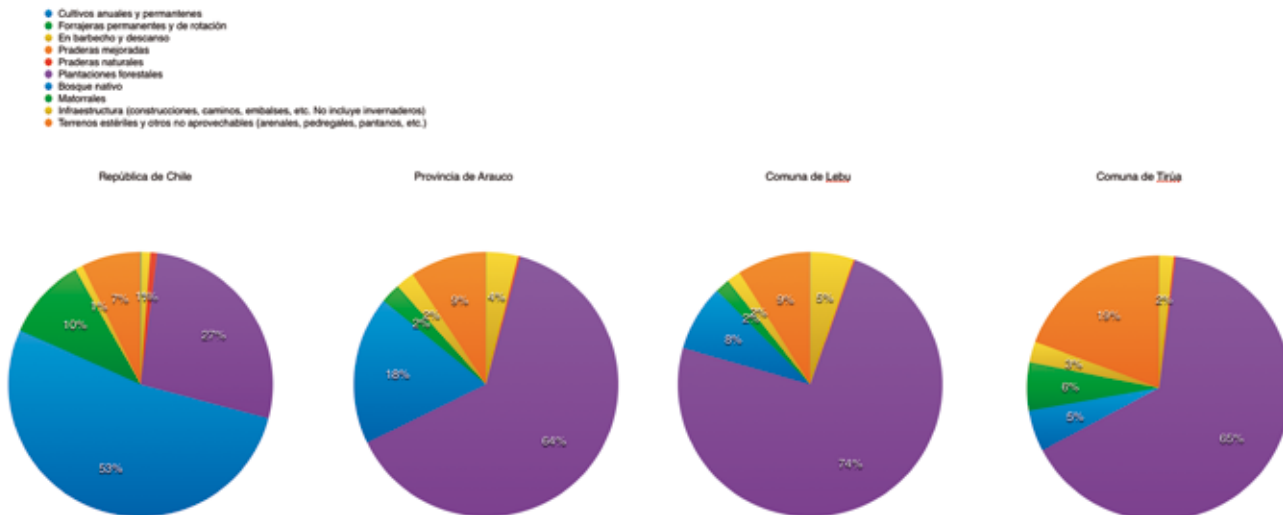


Gráfico 1. Superficie de las explotaciones agropecuarias y forestales por uso de suelo (Gráfico de elaboración propia a partir de datos del Censo Agropecuario Forestal, 2007).

14

hegemonía a través de un aparente reparto de los beneficios. La Baja Frontera de Nahuelbuta continuó su transformación y pasó de ser un territorio mayoritariamente agrario, silvestre, de pasto o de bosque nativo a ser un espacio dedicado al monocultivo de plantas maderables, tanto por parte de grandes empresas, como por parte de medianos y pequeños propietarios que rentan el suelo o venden su cosecha maderera a los *holding* forestales para su procesamiento y exportación. Los habitantes del territorio fueron trocando el cultivo de papa, arvejas, trigo y avena por el cultivo de árboles maderables, algo que en ocasiones costó mucho esfuerzo, como muestran testimonios sobre lo duro que resultaba «cortar, rozar, drenar y secar las vegas» (Giménez, 2016: 52). Según reportan los últimos censos, en la actualidad las plantaciones forestales ocupan más del 64% de los usos totales del suelo de la provincia de Arauco (Censo Agropecuario Forestal, 2007) y en la región del Biobío la superficie forestada con exótico durante el año 2014 alcanzó a 2.218,12 ha., lo que representa el 48,98% de la forestación realizada en todo el país (CONAF, 2014: 71).

Por otro lado, junto con la expansión de la industria forestal y la economía neoliberal, se instauró un «régimen alimentario corporativo» (McMichael, 2004)

que introdujo tendencias de cultivo basadas en el uso intensivo de herbicidas organofosforados y variedades híbridas de alimentos en detrimento de los productos nativos. Con él no solo se gestó una fuerte dependencia rural para con los centros de producción de conocimiento científico, empresas de fertilizantes e instituciones del Estado, sino que se comprometió todavía más la diversidad biológica de la región. Las instituciones del Estado, como el Programa de Desarrollo Territorial Indígena (PDTI) del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), desempeñaron un papel clave en la introducción de mecanismos de dependencia alimentaria en el territorio, que implican, entre otros, costosos paquetes tecnológicos y la cooptación de sabidurías ancestrales. Las consecuencias hídrico-ambientales de este régimen han sido medianamente documentadas: se ha demostrado el alto consumo de agua del eucalipto (hasta 200 litros por planta al día en época de máximo crecimiento) (Huber *et al.*, 2010; Little *et al.*, 2009), algo especialmente grave en plantaciones de alta densidad donde puede haber hasta 2.500 eucaliptos por hectárea. Así mismo, se ha demostrado que este monocultivo reduce los niveles de pH, nitrógeno, sodio, cationes intercambiables y carbono orgánico del suelo (Eclesia *et al.*, 2012). Esto acarrea impactos



Fig. 2. Nalca, rodeada de pino.



Fig. 3. Recolectora de Nalca.

tanto en los índices de riqueza como en los índices de equitatividad de la biodiversidad. Sin embargo, solo recientemente se ha comenzado a prestar atención a las afecciones emocionales, corporales y espirituales que genera la pérdida de *mawidantu* (bosque nativo), *mallines* (humedales), *lawen* (plantas medicinales), frutos silvestres y *menokos*, espacios con fuerza espiritual (*ñen* y *newen*), un análisis desconocido para el mero examen de nitratos y sulfatos.

De esta «gran transformación» (Polanyi, 1944) se derivaron varios fenómenos. Por un lado, con la contrarreforma agraria, una enorme cantidad de campesinos y campesinas se quedó sin tierra y sin trabajo. En este contexto, muchos campesinos se emplearon como peones en las diferentes fases de la industria forestal, y algunos y algunas buscaron complementar la economía familiar con actividades de agorrorecolección de frutos silvestres, como la rosa mosqueta (*Rosa rubiginosa*), la murtilla (*Ugni molinae*), la avellana (*Gevuina avellana*), la nalca (*Gunnera tinctoria*), la mora (*Rubus ulmifolius*), hongos, como el digüeño (*Cyttaria spp.*), el changle (*Ramaria spp.*), la callampa del pino (*Suillus spp.*), los chupones (*Greigia sphacelata*), el palo alto (*Cyclolepis genistoides*), el quintral de maqui (*Tristerix corymbosus*), la nalca (*Gunnera tinctoria*), el boldo (*Peumus boldus*), etc. Lo que durante el s. xx había sido, en general, una actividad lúdica familiar campesina o una práctica asociada a medios de vida, dieta y relaciones de reciprocidad mapuche se convirtió en una precaria actividad de subsis-

tencia que actualmente da empleo informal a unas tres mil personas en Nahuelbuta, de las cuales alrededor del 80% son mujeres (Taller de Acción Cultural e Iniciativa Nahuelbuta, comunicación personal).

Por otro lado, con el auge de esta práctica se empezaron a configurar nuevas posibilidades económicas y mecanismos de apropiación, que van desde la gestación de cooperativas e iniciativas de economía social con identidad ancladas en el territorio, a los mercados precarios en los que las recolectoras apenas tienen margen de negociación con los intermediarios, que a menudo establecen condiciones y ritmos de compraventa abusivos. En este contexto, desempeña un papel destacado la introducción del lenguaje empresarial en el agro por parte de las instituciones del Estado, que en los últimos años han volteado la mirada a prácticas y representaciones agroalimentarias, en sinergia con dinámicas globales de resurgimiento de las identidades gastronómicas locales. Esto se materializa en programas de CORFO, en ferias organizadas por el Servicio Nacional de Turismo (SERNATUR) y en iniciativas del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CONACULTA) y la Corporación de Asuntos Indígenas (CONADI), entre otros. A través de la construcción de una mística del emprendimiento, muchas empresas están incorporando los frutos silvestres en sus estrategias empresariales, buscando crear mercancías *gourmet* con sello étnico-cultural y convertir los frutos silvestres en mercancías (Warde,



Fig. 4. Plantación de eucalipto entre pino radiata.



Fig. 5. Nalca podrida.

16

1997). La industria forestal no es ajena a este proceso. Las exigencias de los sellos de certificación globales del *Forest Stewardship Council* (FSC) y del CERTFOR, la Ley n.º 20 283, o los intentos de maquillar su actividad en la línea del capitalismo verde emergente de la Agenda 21, en donde los Productos Forestales no Madereros (PFNM) son considerados elementos importantes para la conservación de la biodiversidad forestal (Vantomme, 2003), podrían estar detrás de algunas de las nuevas actitudes hacia una retórica de sustentabilidad impulsada por las empresas forestales. De este modo, Forestal Arauco y CMPC han comenzado no solo a crear Áreas de Alto Valor de Conservación, sino también a ofrecer talleres de capacitación sobre recolección y transformación de PFNM y a comprar las cosechas de temporada. Así lo constatamos en enero de 2017, cuando Forestal Arauco ofreció comprar cientos de kilogramos de maqui a la organización Hormiguita Recolectoras, con sede en Los Álamos, a un precio por debajo del mercado, y finalmente introdujo en los predios cuadrillas externas para que recolectaran estos frutos en sus predios. En esta tónica, la Política Forestal 2015-2035, aprobada recientemente por la CONAF, busca ampliar «en extensión, calidad y sustentabilidad, la generación de PFNM asociados a los recursos forestales» y espera que para 2035 «las exportaciones de PFNM hayan triplicado los niveles actuales, llegando a montos cercanos a los 240 000 000 de dólares al año» (CONAF, 2015).

Muchas de estas dinámicas normalizan un enfoque utilitarista de la naturaleza y la cultura, en donde el pequeño propietario rural tiene que convertirse en un agente activo en el mercado si quiere obtener la atención y beneficencia del Estado (Schild, 2007: 181). En este contexto de exaltación y reinención gastronómica, que hemos venido a llamar «gastrogénesis»,⁵ algunas mujeres campesinas y mapuche pugnan por imprimir nuevos usos y significados a los frutos del bosque y al *lawen*, y negocian con las instituciones y el mercado para tratar de lograr que la calidad nutritiva y curativa de algunos frutos, sus propiedades para la tintura o como

5. Concepto con el que entendemos los procesos de creación, reproducción, recreación, reinención o rescate de una cultura gastronómica.

materia prima de construcción, de artesanías y de tejidos, sean ocupadas a partir de criterios éticos mínimos de armonía con el entorno y reparto justo de los beneficios.

Al sufrir en carne propia las dinámicas depredadoras de competición individual por los recursos naturales, las iniciativas de *marketing* que buscan suplir la falta de tradiciones locales enraizadas en el territorio (Bengoa, 2013: 469) y las iniciativas para registrar las patentes de ciertas semillas y alimentos,⁶ muchas mujeres rurales han empezado a alertar sobre la necesidad de estrategias comunitarias para proteger el disfrute colectivo y la diversidad del patrimonio genético. Así sucedió durante la primera Asamblea de ANAMURI, cuando se generó un debate sobre la importancia de un arraigo territorial de los alimentos, los límites del movimiento de semillas y la insuficiencia o inadecuación de prácticas de registro genético llevadas a cabo por instituciones del Estado, como el Instituto de Registro Agropecuario (INIA), que fue cuestionado por «establecer un lenguaje científico y taxonómico para el registro público de los miles de variedades existentes». Sus estrategias van de la confrontación abierta a la asociatividad, la recuperación de prácticas de reciprocidad precapitalistas y el aprovechamiento de los recursos del Estado y las empresas para la puesta en marcha de una agenda propia.

Un ejemplo de resistencia cotidiana a los mandatos de la empresa forestal lo encontramos en las integrantes del Grupo de Recolectoras de Frutos Silvestres y Nalqueros, habitantes de Pehuén, una localidad con algo más de seiscientos habitantes, situada al borde de la carretera que une las cabeceras comunales de Los Álamos y Lebu. Esta localidad está rodeada de plantaciones de *pinus radiata* y *eucalyptus globulus* pertenecientes a Forestal Arauco S.A. y a Volterra S.A. Esta asociación, con unas treinta integrantes, se constituyó a mediados de 2015 para hacer frente a una situación de precariedad y «ser más fuertes ante los ataques de las forestales» cuando tratan de restringir el acceso a los predios. El núcleo más activo de las integrantes del Grupo llegó a la localidad de Pehuén de la mano de sus padres, que migraron desde el límite entre Tirúa y Malleco, al norte del río Imperial, hace unos treinta y cinco años. Ya asentadas en Pehuén, sin tierras que cultivar, decidieron dedicarse a la recolección de frutos silvestres, una de las pocas cosas que, según ellas, podían hacer. Según narran, ya de niñas salían a recolectar diariamente los diferentes frutos y hongos que podían encontrar en el bosque y en los fundos que rodeaban su lugar de habitación. Sus padres les enseñaron donde encontrar callampa, mora, loyos, murtilla, chupones o nalca, dependiendo de las estaciones del año. También les enseñaron las formas adecuadas de recolección para garantizar que los frutos germinaran el año

PRÁCTICAS DE AGRRRECOLECCIÓN ENTRE MUJERES DE PEHUÉN (LEBU): MEDIOS DE VIDA Y TERRENOS DE FRICCIÓN

17

6. Como, por ejemplo, las presentadas por la Universidad de Talca y Fundación Chile ante el Instituto Nacional de Propiedad Industrial (INAPI) para las variedades de maqui Morena, Perla Negra y Luna Nueva (Universidad de Talca generó los primeros clones de maqui en Chile [Universidad de Talca]. Disponible en: <http://www.dtt.otalca.cl/universidad-de-talca-genero-los-primeros-clones-de-maqui-en-chile/>

próximo, como, por ejemplo, no cortar el pedúnculo de los hongos de raíz, cosechar los frutos del maqui sin arrancar sus ramas, esperar el óptimo crecimiento de la nalca u ocupar cestas de mimbre. La «tragedia de los comunes» descrita por Hardin en 1968, según la cual «la libertad de acceso a los espacios colectivos conduce al agotamiento de los mismos», es replicada por los gerentes de sostenibilidad de las industrias forestales cuando critican las «cosechas furtivas de frutos» y afirman que «si la gente corta sin capacitación genera daños y compromete la sostenibilidad del recurso». Sin embargo, las prácticas de agrorrecolección que hemos encontrado en el grupo de recolectoras de Pehuén nos muestran que las experiencias locales son más bien cercanas a las interpretaciones sobre lo común magistralmente delineadas por Ostrong (1990) y al «ecologismo de los pobres» o «ecologismo popular» (Martínez Alier, 2005) que se refiere a la «defensa, con un lenguaje propio, del medio ambiente por los servicios que este proporciona para la vida».

Además de la incertidumbre ambiental causada por las fumigaciones, los incendios y la escasez hídrica que rodea a las plantaciones («Esos líquidos que echan contaminan. De repente dolor de cabeza, alergia... Incluso una niña falleció. Esos líquidos secan los árboles, se mueren los pajaritos» contaba una habitante de Pehuén), en los relatos de las mujeres agrorrecolectoras de Pehuén aflora otro tema que ha sido constante en nuestra incursión etnográfica en la Baja Frontera de Nahuelbuta: el cercamiento de los terrenos y los bienes comunes. De hecho, en sus relatos recuerdan cómo hace unos treinta años la fisonomía de Pehuén era muy diferente a la actual, pues el dueño de uno de sus fundos más extensos, ahora perteneciente a Forestal Arauco, era propiedad de un particular que les permitía acceder a su terreno a recolectar «sin costo alguno». Este fundo, que estaba lleno de bosque nativo y pajonal, hoy se encuentra densamente poblado por pinos y su paso está controlado «por guardias de las forestales, carabineros jubilados que salen a hostigar y tiran a los perros». Frente a una concepción privativa de la naturaleza, cuyo uso y disfrute puede ser

cedido y también negado por el propietario que legitima su derecho en instituciones jurídico-policiales, emergen las apelaciones a una economía moral, en la que las relaciones de reciprocidad entre vecinos o entre hacendados e inquilinos permiten ciertas garantías económicas. En la actualidad, el conflicto cotidiano por el tránsito y disfrute de frutos silvestres del territorio es palpable en los testimonios de las integrantes de este grupo de recolectoras:

En los terrenos particulares nos dejaban entrar, pero ahora Forestal Arauco nos saca a los perros y nos requisa los alimentos, nos han llegado a acusar de robo de madera por tomar unos pequeños palos secos del suelo.

Un día andaba con carreta de mano (recolectando) cuando me llevaron detenido a Lebu, me presentaron al fiscal, quien se echó a reír y me dejó ir libre, pero me quitaron todos mis útiles de trabajo y todavía no me los entregan. ¿Y qué va a hacer uno si no sabe de leyes ni nada?

En los predios de Forestal Arauco, donde varias mujeres de Pehuén recolectan hongos y nalca, las recolectoras muestran brotes de nalca podridos y muertos, algo que atribuyen a la plantación de *pinus radiata* en medio de cauces de agua, práctica prohibida por la Ley de Bosques de 1931. Además, la fumigación con químicos, la acidificación del suelo, causada por las ácidos del pino, y la falta de sol como consecuencia de la densidad de la plantación, terminan por matar a los ruibarbos. A partir de su conocimiento empírico de los frutos, estas agrorrecolectoras también saben que las fumigaciones dañan tanto su salud como su economía familiar, ya de por sí precaria considerando el mínimo margen de beneficio que logran en la cadena de valor: mientras venden la murtila a una media de 2 000 pesos el kilo, a los acopiadores que pasan a buscarla por Pehuén, esta puede alcanzar un precio de 5 000 pesos el kilo, si la venta se hace en la cabecera municipal, y

llegar a 7000 pesos el kilo si la venta «por vasos» directamente al consumidor, algo que tiene lugar a pie de calle y utilizando vasos como medida. Por su parte, la mayoría de las mujeres de este grupo vende la nalca por unidad a 300 pesos a principios de septiembre, cuando inicia la temporada de recolección. Su precio va bajando hasta 150 y 100 pesos en octubre.

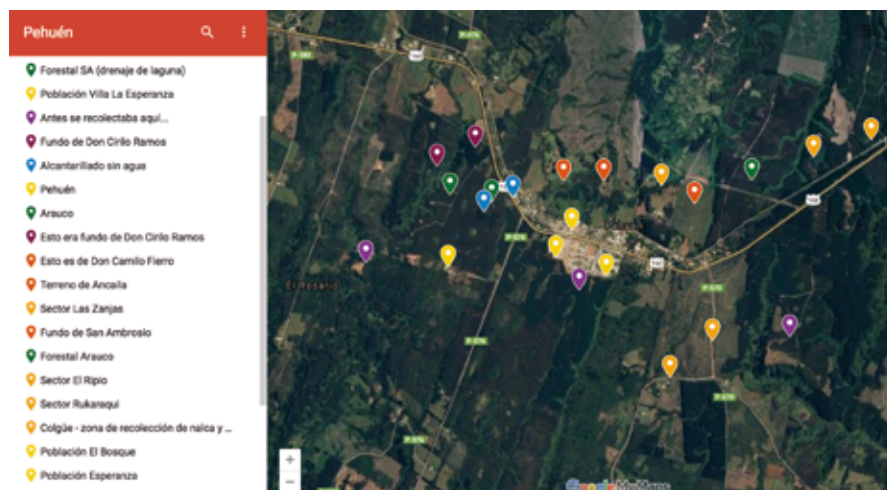
A esto se refiere Valeria cuando expresa que siempre prueban «los productos antes de venderlos, para saber si han sido fumigados, porque si están más amargos duele la *guata* (la tripa) y no se pueden vender». Ante esta situación, que las obliga a recorrer distancias más largas y extender sus jornadas laborales para recolectar frutos, el grupo de recolectoras de Pehuén no son víctimas dispuestas a sufrir pasivamente. Más bien, dan cuenta de procesos de deterioro ambiental cuyas causas concretas son solucionables a través de políticas públicas. Mientras en su camino a los pangales limpian con un machete las plantas alrededor de las nalcas, apelan al respeto del derecho internacional ambiental, así como a las leyes nacionales, en concreto a las normativas relativas a las Zonas de Manejo de Cauces (CONAF, 2013), lo que denota una búsqueda activa de argumentos jurídicos para establecer límites a las políticas predatorias de la forestal.

Esto era todo lugar verde de nalca, había agua y ahora no hay nada por el asunto de los pinos, y las forestales deberían plantar los árboles a 25 metros del agua y lo están haciendo a dos metros del agua hacia arriba. El curso de agua estaba aquí, ¿y ahora este pino a cuánto está? A uno o dos metros con dificultad, y no hay agua, y lo que es nalca vive con el agua y el sol.

En consecuencia, este grupo de recolectoras ha sido eventualmente criminalizado por ejercer prácticas consuetudinarias, como la recolección de madera para uso doméstico. En un contexto regional donde el «robo de madera» enciende la alarma mediática, y a fines de 2015 más de noventa comuneros enfrentaban causas penales por usurpar el «patrimonio de la industria forestal»,⁷ algunas integrantes del grupo han sido atacadas por los guardias contratados por Forestal Arauco, que han buscado imputarlas por recoger piñas, palos y ramas secas del suelo para calentar su hogar. Aunque la madera no entra en la definición de PFNM, para el grupo de recolectoras de Pehuén su recolección como combustible para su hogar es parte de sus derechos elementales:

Leña, las forestales no quieren que saquemos leña para calentar nuestro hogar, ¡pero si somos recolectoras! ¿Qué vamos a hacer, comprarla? Me parece injusto que uno ande comprando leña siendo recolectora. ¿Cómo vamos a comprar leña? Somos recolectoras. Los guardias

7. ARAYA, Natalia y BURGOS, Carolina, «Las redes tras el robo de madera: Ministerio Público ya suma 92 causas y 55 imputados». *La Tercera* (19 de octubre de 2015). Disponible en: <http://www.latercera.com/noticia/las-redes-tras-el-robo-de-madera-ministerio-publico-ya-suma-92-causas-y-55-imputados/>



Mapa 2. Mapa participativo elaborado junto con el Grupo de Recolectoras de Frutos Silvestres y Nalqueros.

son carabineros delincuentes, retuercen a cualquiera. Una le contesta que es una recolectora e incluso llaman a la PDI.

20

A la falta de educación formal y de tierra se suma el hecho de que, en tanto que trabajadoras de una economía informal, las mujeres de Pehuén están invisibilizadas para las instituciones asistenciales, que, afirman, «tratan de comprarlas con minucias». Así lo veíamos en el relato de Silvia Catrileo:

A mí no me interesa *un puso* que el chino [en mención al delegado de Forestal Volterra, de capital chino] venga a comprarme la murta, me interesa que respete el territorio. ¿De qué me sirve que me compre si no puedo recolectar? Me alegro de que los señores de las forestales hayan nacido en cuna de oro, pero pido al gobernador que se ponga en nuestro lugar y no acaben con la comida. No necesito un señor que venga de fuera y me diga que me compra 20 kg de murta. Tampoco me sirve que el chino, por si acaso, me compre para su congelador [...] Estoy por una demanda, la empresa aquí ya nos jodieron la vida.

Para intentar regularizar su situación, la directiva del grupo participó durante varios meses en los Diálogos Forestales sobre PFM que, en teoría, buscan

«facilitar, fomentar y fortalecer la relación y el trabajo, en las actividades que involucra la recolección de los PFM en predios forestales de un territorio» (Diálogo Forestal, 2015: 8) y que son parte de las iniciativas de la industria forestal para mejorar la gobernabilidad del territorio y entrar al mercado de los frutos silvestres. Tras agrias confrontaciones con los negociadores de Forestal Arauco, el grupo se negó a suscribir los acuerdos que se les querían imponer por considerarlos «injustos, humillantes y esclavistas». Así, una de las recolectoras enfatiza que Forestal Arauco buscaba obligarles a vestir «trajes y botas de seguridad» ajenas a su costumbre; portar una gafetilla o documento de registro que las identificara como recolectoras de PFM; y quería endosarles la supervisión y denuncia de todas las personas ajenas a la organización que accedieran al predio forestal y la responsabilidad de cualquier daño (incendio, pérdida de patrimonio forestal, etc.) que pudiera suceder al interior del predio.

Estas imposiciones fueron interpretadas no como un deseo de cuidarlas, sino de controlarlas y, eventualmente, apropiarse de su trabajo, transformándolas en una suerte de peones de la empresa forestal sin derecho laboral alguno (como salario, seguridad social, sindicación, desempleo, baja por enfermedad o pensión), algo que, sin embargo, podría ser descrito por la empresa como buena práctica en los puntos 2.2.4 y 4.1 de las auditorías de *Forest Stewardship Council*, sobre «oportunidades de em-

pleo, capacitación y otros servicios ofrecidos a comunidades locales». Por otro lado, la responsabilidad de controlar y denunciar a todas las personas ajenas a la organización que accedieran al predio forestal contribuye a la fragmentación social y a un eventual distanciamiento y enfrentamiento con los vecinos, muy en la lógica foucaltiana del biopoder. Por último, la inequidad en las negociaciones entre este grupo de recolectoras y los agentes de la industria forestal, dotados no solo de mayor capital y acceso a mercados, sino también de expertos en ingeniería, biología o geografía, es abismal. Al levantarse de la mesa de negociaciones, las recolectoras de Pehuén buscaron evitar una eventual «captura epistemológica» (Sousa, 2010: 8) y defender sus prácticas y lógica consuetudinaria. Ello podría llevar a las instituciones públicas a reflexionar sobre los términos y mandatos con que se construye la falsa «paz social» del territorio.

Precisamente sobre esto se ha reflexionado en la municipalidad de Tirúa, donde Adolfo Millabur, escisión institucional de las reivindicaciones territoriales de la Coordinadora Arauco Malleco (CAM), se convirtió en el año 1996 en el primer alcalde mapuche de Chile, con una agenda que apostaba por políticas interculturales y de salvaguarda territorial de los bienes del *Lafquenmapu*.

En este municipio, la incrustación del modelo forestal en las prácticas agrarias de los pequeños propietarios comenzó aun antes de la entrada en vigor de la ley n.º 19 561 de 1998 y, como en otros lugares, vino a sustituir la siembra de cereales, leguminosas, tubérculos y hortalizas. El patrón general que se desprende de los relatos de sus habitantes es claro: se procedió a la tala de bosque nativo para fines agropecuarios, los cultivos agrícolas fueron sustituidos por plantas de pino o eucalipto regaladas por las instituciones del Estado y a los diez o doce años se vendió la cosecha maderera a intermediarios y se volvió a plantar. Las explicaciones brindadas por las mujeres campesinas y mapuche entrevistadas para esta toma de decisiones están influidas por sus posturas ideológicas y su situación socioeconómica. Lo más habitual es explicar estas plantaciones por la necesidad de abastecer la canasta familiar, y a veces se hace referencia a la «rentabilidad», la «plata» y «las facilidades de inversión». A menudo, el recuerdo de estas decisiones va seguido de un arrepentimiento vinculado con la escasez hídrica, con la pérdida de soberanía y diversidad alimentaria, y con la caída de la rentabilidad en la cosecha de madera. Con frecuencia, responsabilizan a instituciones como el INDAP y la CONAF de incentivar estos cultivos sin advertir las consecuencias, y aquellas que habían migrado cuando se decidió «tapar todo con eucalipto» se debaten entre el desacuerdo y la comprensión.

«LA FIEBRE DEL EUCA» Y SU CONTESTACIÓN: PROCESOS DE TERRITORIALIZACIÓN EN TIRÚA

21

Para muchas mujeres mapuche conocedoras de su cultura y de la importancia del *rañi cheyen* (vivir entre otras especies), cuando el agua, el bosque nativo y la fertilidad de la tierra merman, también van desapareciendo los avellanos, la murtila, el maqui, los chupones, diferentes tipos de nalca, los digüeños o los changles, así como las tradiciones de las ñañas, las abuelas, que se sustentan en la existencia de estos bienes naturales. Al perderse los frutos silvestres, reflexionan; también se ve truncada la transmisión del conocimiento relacionada con la culinaria de los mismos, como la chicha, *muday* o harina de avellana, que a su vez está imbricada en prácticas rituales, espacios de sociabilidad y redes de reciprocidad. Además, al dejar de salir a recolectar, se van fragmentando las prácticas colectivas y familiares que implicaban el establecimiento de redes de confianza entre vecinos. En el plano espiritual, el territorio enferma: la pérdida de *adnie*⁸ afecta al equilibrio de *ngen*, energías que se establecen en el territorio o en las personas, de *rechne*, salud, y, en definitiva, al *kvme mogen*, el buen vivir. En esta tónica, para Rosa Huenuman, vecina de Las Misiones, el cáncer, el alzhéimer y el deterioro de la vista son producto de la fractura ecológica de la comuna. «Una mira y ve el puro eucalipto y en el verano humo, humo, humo», prueba de que «al final, la forestal y el eucalipto y todo van colocándoles químicos». Por ello, ahora quiere trabajar «con todo lo que sea orgánico, amontonar las hojas, el guano de la oveja y del pollo, recuperar las semillas que se comían antiguamente y con los niños, para que conozcan los frutos que quedan».

En este contexto de «incertidumbres fabricadas» propias de la «sociedad de riesgo» (Beck: 1999), las áreas de intervención y la acción política cotidiana cobran relevancia, y cambios anteriormente considerados menores, como comer más sano o tomar precauciones en los cultivos y la recolección, sí inducen transformaciones básicas a largo plazo en el juego de poder global. Si las recolectoras de Pehuén se vieron abocadas a desarrollar estrategias relativamente autónomas de la municipalidad, en esta comuna, las iniciativas de varios grupos de mujeres campesinas y mapuche fueron apoyadas e impulsadas por la municipalidad, que buscaba recuperar los sistemas locales de conocimiento, generar prácticas de salud interculturales y fomentar la autonomía económica de los hogares y comunidades, enriqueciendo la dieta y recuperando el bosque nativo. Algunas de las estrategias utilizadas para ello fueron dar cabida al trabajo de *lawentuchnefe* (yerbateras), *puñeñelchnefe* (parteras), *machi* (sanadoras) y *nngütamchnefe* (componedoras de huesos) en el Centro de Salud Familiar y fomentar viveros agroforestales en varias comunidades (Las Misiones, San Ramón, Alto Primer Agua y la Comunidad Lorenzo Quintrileo), fortaleciendo algunas prácticas ya llevadas a cabo por las mujeres campesinas, como el acopio de semillas y el trasplante de árboles y arbustos en riesgo de extinción en los huertos de sus casas. Para ello,

8. Capacidad de establecer criterios éticos sobre la vida, las normas y las relaciones de los humanos entre sí y con su entorno.



Fig. 6. Plantación de pino en medio del estero.



Fig. 7. Camión cargado de madera en Tirúa Norte.

en el 2015 se constituyó formalmente en Las Misiones la asociación Milla Rayen y se reactivó la asociación Amulei Pu Lamien, enfocada en el rescate de bejucos nativos, como la ñochna, el coydon, el copihue y la ratonera para hacer trabajos de mimbre.

La generación de alianzas para construir una economía social alternativa y buscar soluciones técnicas a la degradación edafológica, la escasez hídrica y el cultivo orgánico de frutos nativos también ha sido clave en este proceso. Ejemplo de ello es el trabajo conjunto realizado por el Programa de Mujer de la municipalidad, la Cooperativa de Trabajo *Fën* de Villarrica y grupos de mujeres, que empiezan a buscar soluciones a los principales problemas socioambientales y económicos del territorio. Agentes transformadores, las mujeres comparten en espacios emergentes de sociabilidad, como los *trafkintü*, ferias locales o talleres culinarios, sus preocupaciones, sus saberes, sus inquietudes. Todavía no hay un cuestionamiento de fondo de las estructuras generizadas de propiedad agraria, pero, puesto que la mayoría no son titulares de los predios donde trabajan, están negociando con sus esposos los usos del suelo y han empezado a transformar, poco a poco, el sistema productivo de su entorno. Para esta tarea apelan al valor emotivo de la memoria e involucran a sus padres, maridos y vecinos en tareas de recuperación del bosque, como ir a buscar tierra de hoja al monte, plantar estacas o abrir surcos para sembrar árboles frutales. Tal y como lo expresa Berta Colil, su posición de gestoras del hogar les



Fig. 8. Borde Costero de Tirúa Sur.

ofrece una mirada privilegiada sobre la crisis ecológica de su entorno:

Los hombres de a poquito se van integrando y dependen de nosotras, porque nosotras vemos que hace falta el agua cuando cocinamos, cuando nos bañamos. Ellos se visten y salen y nosotras necesitamos el agua. Es conciencia de nosotras que los motivemos a ellos, por eso los invitamos a participar y van escuchando.

CONCLUSIONES

La expansión de plantaciones forestales en la Baja Frontera de Nahuelbuta transformó drásticamente los usos del suelo y las tramas socio-productivas de sus habitantes. Esto sucedió en un territorio económica y culturalmente diverso, marcado por conflictos históricos, cuya densidad se remonta a los tiempos de la invasión española y la colonización chileno-alemana. Con la bonificación de la industria forestal bajo la dictadura militar de Pinochet y los gobiernos democráticos de la Concertación, las plantaciones de pino y eucalipto se expandieron sin precedentes. Los impactos ambientales, hídricos, edafológicos y alimentarios de esta industria, paradigma de la acumulación por desposesión y de la desterritorialización, han llevado a la urgente necesidad de generar alternativas en el modelo económico y ambiental.

24

Mujeres mapuche y campesinas lideran algunas de estas alternativas, inscritas en una compleja arena de juego que hemos venido a llamar «gastrogénesis» y en la que distintos actores económicos y políticos se disputan el control de tradiciones culinarias y la apropiación material y simbólica de los frutos silvestres del territorio. En este contexto, consideramos, haciéndonos eco de reflexiones emanadas por mujeres mapuche y campesinas, que la revitalización de tradiciones gastronómicas ha de estar territorialmente anclada y articulada con las prácticas productivas y con los procesos ecológicos que las sustentan. Solo de esta forma se puede evitar la folklorización, patrimonialización y la mercantilización de las identidades y se puede lograr simbolizar, significar y marcar; retejer, renombrar y recuperar el *locus* territorial.

La mirada, intereses y sensibilidades de los diferentes agentes determina no solo el diagnóstico de las fracturas ambientales, sino también las eventuales soluciones propuestas. Así, mientras las industrias forestales culpan al cambio climático, en abstracto, y a la «depredación de la población» de la pérdida de biodiversidad, las mujeres campesinas y mapuche recuerdan con dolor la pérdida de bosque nativo y a menudo se consideran engañadas por las decisiones tomadas de plantar pino y eucalipto en sus predios. Mientras las industrias forestales generan salidas técnicas que ahondan en el sistema de mercado, en el cercamiento y en la privatización de los bienes comunes, al tiempo que cautivar los discursos y la dinámica institucional para así preservar sus intereses bajo una pátina de sostenibilidad, los grupos de mujeres campesinas y mapuche, conectadas con las dinámicas cotidianas de sus hogares y el abastecimiento alimentario, apuestan por recuperar los sistemas locales de conocimiento, prácticas cotidianas de reciprocidad, el bosque nativo, la memoria culinaria y los espacios de manejo común de frutos silvestres. Frente a las incertidumbres fabricadas del capitalismo global, las prácticas cotidianas lideradas por las mujeres antes consideradas insigni-

ficantes y pertenecientes al ámbito privado, se vuelven alternativas legítimas y políticas públicas que permiten retejer comunidad. En un contexto en el que la clase política municipal ha sido, en las últimas décadas, fuente de clientelismo asistencial al servicio de los intereses del gran capital, que la política local comience a nacer de las necesidades de las y los habitantes resulta indicativo de un urgente cambio de paradigma en el que los sentidos de lo sensible han de ser considerados.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTIERI, Miguel A. y TOLEDO, Víctor Manuel (2011). «The agroecological revolution in Latin America: rescuing nature, ensuring food, sovereignty and empowering peasants». *The Journal of Peasant Studies* (38: 3), 587-612.
- BECK, Ulrich (1999). *La sociedad del riesgo global*. Barcelona: Paidós.
- BENGOA, José (2013). «Rural Chile Transformed: Lights and Shadows». *Journal of Agrarian Change* (13), 466-487.
- BERTHORONG, Sean T., JOBBA, Esteban G. y JACKSON, Robert B. (2009). «A global meta-analysis of soil exchangeable cations, pH, carbon, and nitrogen with afforestation». *Ecological Applications* (19: 8), 2228-2241.
- BORDIEU, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- CARRASCO HENRIQUEZ, Noelia, MONTALBA, Rene, MORA, N. Héctor, VIDAL, H. Aldo (2003). «Transformaciones del sistema económico mapuche a la luz de las políticas estatales, los procesos de integración y la globalización sociocultural», *Informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato*. Santiago de Chile: CVH.
- CARRASCO HENRIQUEZ, Noelia (2004). *Antropología de los problemas alimentarios contemporáneos. Etnografía de la intervención alimentaria*. [Tesis doctoral]. Disponible en: <https://es.slideshare.net/anmara1954/tesis-carrasco-2004-antropologia-de-los-problemas-alimentarios-contemporanos>
- CONTRERAS, Jesús (1992). «Alimentación y cultura: reflexiones desde la Antropología». *Revista Chilena de Antropología* (11), 95-111.
- CONAF y MINISTERIO DE AGRICULTURA (2015). *Política Forestal 2015-2035*. Disponible en: http://www.conaf.cl/wp-content/files_mf/1462549405politica-forestal201520351.pdf
- CORREA, Martín, YAÑEZ, Nancy y MOLINA, Raúl (2005). *La reforma agraria y las tierras mapuches*. Santiago de Chile: Lom editores.

- CHONCHOL, Jacques (1994). *Sistemas agrarios en América Latina: de la etapa pre-hispánica a la modernización conservadora*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- GIMÉNEZ DELGADO, Inés María (2016). *Efectos de la industria forestal en las prácticas de agrotelección de mujeres campesinas y mapuche en la Baja Frontera de Nahuelbuta*. Universidad Nacional de Educación a Distancia (España). Departamento de Antropología Social y Cultural. [Tesis de maestría]. Disponible en: <http://e-spacio.uned.es/fez/view/bibliuned:master-Filosofia-IA-Imgimenez>
- GREY, Sam y PATEL, Raj (2014). «Food sovereignty as decolonization: some contributions from Indigenous movements to food system and development politics». *Agriculture and Human Values*, (32: 3), 431-449.
- ECCLESIA, Roxana, JOBBAGY, Esteban, JACKSON, Robert, BIGANZOLI, Fernando y PINEIRO, Gervasio (2012). «Shifts in soil organic carbon for plantation and pasture establishment in native forests and grasslands of South America». *Global Change Biology* (18), 3237-3251.
- FSC. *Principles and criteria for forest Stewardship*, FSC-STD-01-001 (versión 4-0). Disponible en: igi.fsc.org/download.fsc-principios-y-criterios-v5-es-paol.104.pdf
- HARDIN, Garret (1968). «The Tragedy of Commons». *Science, New Series*, (162: 3859), 1243-1248.
- HARDING, Sandra y HINTIKKA, Merrill B. P. (eds.) (1983). *Discovering Reality. Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology, and Philosophy of Science*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- HARAWAY, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- HARVEY, David (2004). *Espacios del Capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
- HUBER, Anton, IROUMÉ, Andrés, MOHR, Christian, FRENE, Cristian (2010). «Efecto de plantaciones de *Pinus radiata* y *Eucalyptus globulus* sobre el recurso agua en la Cordillera de la Costa de la región del Biobío, Chile». *Bosque* (31: 3), 219-230.
- INE (2007). *La mujer en la agricultura chilena, resultados del censo agropecuario*. Disponible en: http://historico.ine.cl/genero/files/estadisticas/pdf/documentos/mujer_en_la_agricultura.pdf
- LASSITER, Luke Eric (2005). «Collaborative Ethnography and Public Anthropology». *Current Anthropology* (46: 1), 83-97.
- LEFF, Enrique (2003). «La ecología política en América Latina: un campo en construcción». *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana* (2: 5), 125-145.
- LEIVA, Arturo (1984). *Primer avance a la Araucanía: Angol 1862*. Temuco: Universidad de la Frontera.

- LITTLE, Christian, LARA, Antonio, MCPHEED, James, URRUTIA, Roberto (2009). «Revealing the impact of forest exotic plantations on water yield in large scale watersheds in South-Central Chile». *Journal of Hydrology* (374), Issues 1-2, 162-170.
- MARTÍNEZ-ALIER, Joan (2005) [2003]. *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.
- McMICHAEL, Philip (2000). «Global Food Politics». En MAGDOF, Fred, BUTTEL, Frederick H. y BELLAMY FOSTER, John (eds.). *Hungry for Profit: the Agribusiness Threat to Farmers, Food, and the Environment*. New York: Monthly Review Press, 145-160.
- MINISTERIO DE SALUD Y CEPAL (2010). *Perfil epidemiológico básico en la Provincia de Arauco*, Serie Análisis de la Situación de Salud de los Pueblos Indígenas de Chile, n.º 007.
- MINISTERIO DE TIERRAS Y COLONIZACIÓN (1931). Decreto fuerza ley No 265. Ley de Bosques. Diario Oficial, 31 julio 1931.
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (2012). *El Trabajo Decente en la Industria Forestal en Chile*. Disponible en: http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/---sro-santiago/documents/publication/wcms_206093.pdf
- OSTROM, Elinor (1990). *Governing the commons*. Cambridge: Cambridge University Press.
- POLANYI, Karl (2004) [1994]. *La gran transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- PORTO GONÇALVES, Carlos Walter (2001). *Geografías, movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI.
- QUIDEL LINCOLEO, José (2015). «Chumgelu ka chumgechi pu mapuche ñi kuxankagepan ka hotukagepan ñi rakizuam ka ñi püjü zugu mew». En ANTILEO BAEZA, Enrique; CARCAMO-HUECHANTE, Luis; CALFIO MONTALVA, Margarita y HUICA-PIUTRIN, Herson (eds.) *Awükan ka kuxankan zugu wajmapu mew/Violencias coloniales en Wajmapu*. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.
- ROCHELAU, Dianne, THOMAS-SLAYTER, Barbara y WANGARI, Esther (2005). «Gender and the environment: A feminist political ecology perspective». En HAENN, Nora y WILK, Richard R. *The environment in anthropology*. New York: University Press.
- SALAZAR, Manuel (2015). *Todo sobre Julio Ponce Lerou*. Santiago de Chile: Uqbar Editores.
- SCHILD, Verónica (2007). «Empowering “Consumer-Citizens” or Governing Poor Female Subjects? The institutionalization of “self-development” in the Chilean social policy field». *Journal of Consumer Culture*, (Jul 2007: 7), 179-203.
- SCOTT, James (2010). *The Art of Not Being Governed: An Anarchist History of Upland Southeast Asia*, New Haven: Yale University Press.

- SEAGER, Joni (1993). *Earth Follies: Coming to Feminist Terms with the Global Environmental Crisis*. New York: Routledge.
- SOUSA SANTOS, Boaventura (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- THOMPSON, E. P. (2000) [1991]. *Costumbres en común*. Madrid: Crítica.
- VANTOMME, Paul (2003). «¿Es posible manejar los bosques de forma sostenible para obtener productos forestales no madereros?». *FAO: Unasylva*, (214/215), Vol. 54. Disponible en: <http://www.fao.org/docrep/006/y5189e/y5189e21.htm#TopOfPage>
- WARDE, Alan (1997). *Consumption, Food & Taste. Culinary Antinomies and Commodity*. Culture. London: Sage.